

## **Transcripción de la entrevista a Samuel Kobia acerca de su experiencia como secretario general del CMI**

Si tuviera que decir cuál es mi recuerdo máspreciado, elegiría mi visita a Rwanda. Ocurrió en 2004, cuando en Rwanda se conmemoraban diez años del genocidio. Lo que más me impresionó fue la capacidad de perdonar de la gente del pueblo, especialmente los cristianos. Fue muy inspirador para mí que personas que habían vivido la experiencia de lo que pasó en 1994 en Rwanda, aún pudieran decir: “Estamos dispuestos a perdonar, porque aún hay vida después del genocidio”. Esa gente demostró así lo mejor del espíritu humano: la capacidad de perdonar; por supuesto sin olvidar lo que había sucedido.

Lo que consideraría un recuerdo no tan bueno ocurrió en los territorios ocupados de Cisjordania en Palestina. Allí estaba aquel hombre con su caballo. Lo encontré en un puesto de control bajo el mando de soldados israelíes, y ese hombre nos contó que le había llevado más de dos horas dar un rodeo para llegar hasta allí, aunque normalmente sólo hubiera precisado cinco minutos para atravesar e ir hasta su finca. Tuvo que dar un rodeo porque no se le permitió pasar cuando llegó al puesto de control. Lo que me conmovió mucho personalmente y me recordó mi infancia en Kenia durante la época colonial, fue que debido a las condiciones en las que viven los palestinos en los territorios ocupados, él tuvo que aceptar, así como su esposa y su hijo, que ya no era posible vivir juntos, porque él no estaba en condiciones de ser el sostén de la familia. Lo decía de una manera en la que se hacía patente la angustia que sentía por la situación. Me hizo acordar a la época en la que los kenianos no podían cultivar café, porque no se permitía a los africanos tener cafetales por ser un cultivo comercial. Me hizo acordar cuando mi padre, que había tenido que irse de casa para buscar trabajo, no pudo regresar durante más de ocho años, debido al período de emergencia decretado por el gobierno colonial británico en Kenia. Así que aquello resonaba tanto con mi propia experiencia, y pude comprobar que, aunque se trataba de una situación diferente, la gente seguía viviendo lo que mi pueblo había vivido hacía 40 años.

Considero que uno de los principales ámbitos en los que se ha avanzado en el movimiento ecuménico a nivel mundial en los últimos cuatro o cinco años ha sido la inauguración del Foro Cristiano Mundial en noviembre de 2007. Podría decirse

que tuvimos la plataforma más amplia jamás lograda de iglesias, de dirigentes cristianos de todo el mundo, reunidos para inaugurar el Foro Cristiano Mundial. En ese marco, fue posible interactuar en nuestra calidad de miembros del CMI con quienes no son miembros: la Iglesia Católica Romana, los pentecostales, la Alianza Evangélica Mundial, y, de este modo, celebrar juntos los dones que el Espíritu Santo da a las iglesias. Para mí se trata de un enorme logro. Hemos dado un gran paso adelante. Por supuesto, es algo diferente de lo que llamamos la búsqueda de la unidad visible de la iglesia, pero podemos decir que es un gran avance en el camino hacia la unidad visible.

Uno de los mayores problemas con que se enfrenta el movimiento ecuménico en el día de hoy es, a mi juicio, el debilitamiento del compromiso con la unidad. Muchas de nuestras iglesias miembros están muy preocupadas con los problemas que se les plantean como iglesias nacionales; aquellos quienes han pertenecido tradicionalmente a las iglesias protestantes históricas, como las metodistas o presbiterianas, e incluso anglicanas, se sienten actualmente más atraídos por congregaciones no denominacionales. Cuando las iglesias se enfrentan con ese tipo de problemas a nivel local o nacional, su compromiso con la búsqueda de la unidad disminuye. Sin la participación plena y el compromiso – un compromiso profundo – de las iglesias miembros del CMI en la búsqueda de la unidad, el movimiento ecuménico es puesto en entredicho.

Ligado a esto también se constata la pérdida de empuje de la formación ecuménica. De ahí que me haya sentido tan feliz cuando tuve la oportunidad de encontrarme con jóvenes, lo que ha ocurrido en reiteradas ocasiones aquí en el centro ecuménico, por el hecho de que los jóvenes están mucho más dispuestos a trabajar juntos, y están más abiertos que las generaciones de sus mayores a obviar las diferencias doctrinales que puedan tener.

Dentro de 20 años a partir de la fecha – aunque no sé si aún estaré aquí, ¡pero eso no tiene importancia! – pienso que me sentiría muy feliz... una de las cosas que espero seamos capaces de hacer realidad, incluso antes de 20 años, es la celebración de la Pascua en una fecha común. Pienso que se trata de algo realizable y será una evidencia muy clara, un paso concreto hacia la unidad visible. En segundo lugar, espero que dentro de 20 años todas las tradiciones y confesiones cristianas seamos capaces de celebrar juntos la eucaristía. Es mi

oración, es mi esperanza, y oro con gran fervor por que las iglesias obren en esa dirección.

Me resulta muy difícil hablar de algo que lamento, aparte de que hubiera deseado tener más tiempo, no sólo para los jóvenes como he mencionado, sino también para las iglesias. Sólo he respondido tal vez a una cuarta parte de las invitaciones que recibí, sea para visitar a las iglesias con ocasión de la celebración de acontecimientos importantes, sea simplemente para efectuar visitas pastorales a las iglesias o de solidaridad cuando la gente pasaba por situaciones difíciles. Lo único que lamentaría es no haber tenido suficiente tiempo.

Para mí, como africano que se crió en un medio rural en la parte central de Kenia, donde es tan difícil poder seguir un proceso de formación, ya que a veces es una cuestión de suerte poder completar incluso la escuela primaria, para no mencionar la escuela secundaria, los cursos preuniversitarios o la universidad... así pues, para mí, el hecho de haber sido elegido secretario general del Consejo Mundial de Iglesias, la más alta posición a la que uno puede llegar en el movimiento ecuménico, fue para empezar algo inimaginable, diría yo, y ha sido también la experiencia que me ha exigido mayor humildad. Fue una oportunidad de aportar lo mejor de la tradición africana, de la cultura africana, de aportar lo mejor de mi tradición confesional como pastor metodista, y de aportar lo mejor de mí mismo como persona, con los dones que Dios me ha dado... Poder hacer esa contribución a este ministerio ha sido para mí el mayor privilegio al que una persona puede aspirar.

Diría que lo que me sustenta es la dimensión relacional: las relaciones con el personal, las relaciones con la dirección del Consejo Mundial de Iglesias, las relaciones con nuestros asociados. Todo esto me ha servido de apoyo. Esa dimensión relacional es realmente lo que me ha ayudado y me ha impulsado. Y esto es parte de mi ser africano, porque nosotros ponemos un muy, muy fuerte énfasis en las relaciones. Uno es porque se relaciona, y porque se relaciona, en consecuencia uno es.